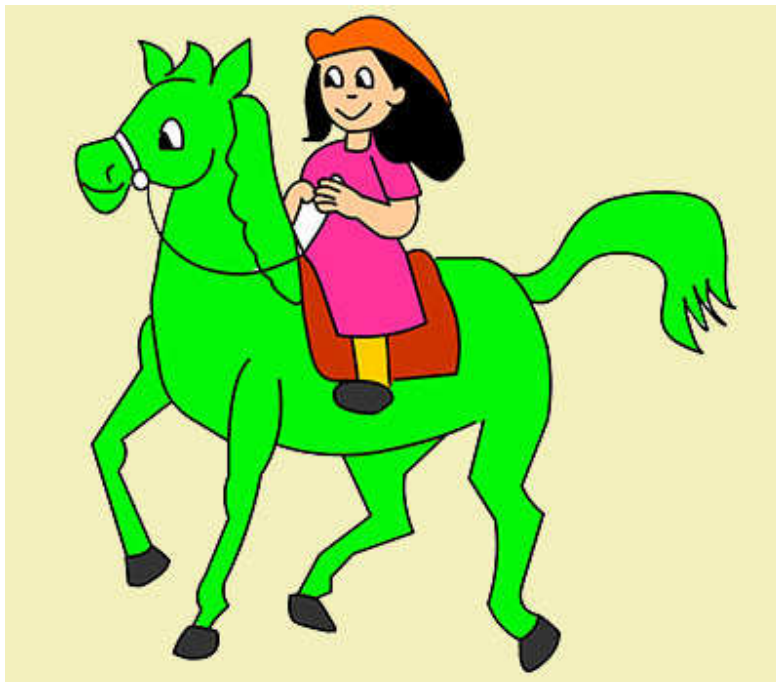


Ana y el caballito verde

Autor : César Manuel Cuervo



Érase una vez una hermosa niña de nombre Ana, cuya casita se encontraba en lo más profundo del bosque junto a un río de aguas tan cristalinas como sus ojos. A la salida del Sol, Ana pasaba las horas a la orilla del río peinando sus largos y dorados cabellos. Cuando caía la tarde y asomaban las primeras estrellas, se acotejaba junto a la chimenea hasta quedar suspendida en un profundo sueño.

Cierto día junto al río, apareció de repente un caballito verde, tan pequeño como la palma de una mano y tan reluciente como la yerba de la mañana envuelta en el rocío.

– ¡Qué caballito tan hermoso! – exclamó Ana mientras lo acunaba en su regazo.

– Te daré mi amistad – dijo el caballito sin pensarlo dos veces – Vamos a jugar.

Y comenzaron a corretear por todo el bosque hasta la caída de la noche. Al día siguiente, se volvieron a encontrar junto al río. Pero Ana encontró al animalito verde suspirando con la cabeza baja.

– ¿Por qué estás tan triste, caballito? – preguntó la niña acariciando su verde crin.

– Amiga mía, a pesar de ser tan pequeño, soy un animal muy veloz. Pero, ¿De qué me sirve tal virtud si no puedo ayudar a mis amigos?

– ¿Cómo puedo ayudarte? Haré lo que me pidas – exclamó Ana.

– Hazme una cabalgadura con tus manos hábiles. Así podré llevar a tiempo a conejo a sus clases de violín,

rescataré al bebé sinsonte cuando se aleje de su madre, y hasta podré ayudar al ciempiés cuando pierda sus zapatos.

Antes de que terminase de hablar, Ana casi había terminado de prepararle un cascarón de nuez rematado con hebras de su pelo dorado. Una vez atado en su lomo pequeño, el caballito le devolvió una sonrisa maravillosa y echó a correr hasta perderse en el bosque. A la tarde siguiente, Ana faltó al encuentro de su amigo. Y el animalito la buscó por toda la vereda del río hasta oír un sollozo que provenía de lo lejos.

Al acercarse, descubrió a la pobre muchacha tendida en el suelo con el rostro cubierto en lágrimas.

– Ana ¿Por qué lloras niña bella? – preguntó el caballito acurrucándose en sus brazos.

– He perdido mis hebillas, sólo me queda una y no puedo recogerme el pelo. Y de nada sirve que lo peine y lo cuide si en las noches se me quema con el fuego de la chimenea.

– Te ayudaré – aseguró el caballito – Escucha con atención lo que debes hacer: hoy en la tarde siembra tu última hebilla en el suelo cerca del río y a la mañana siguiente encontrarás una sorpresa.

Así lo hizo la pequeña muchacha y se marchó a dormir. Con el despuntar del Sol, regresó hacia el lugar donde había enterrado la hebilla, y allí encontró para su sorpresa un arbusto frondoso que relucía a los pies del río. De sus ramas brotaban como frutos muchas hebillas relucientes de varios colores. Entonces Ana cubrió su pelo con las hebillas y al verse tan hermosa en el reflejo del agua no pudo contener su emoción y salió en busca del caballito para darle gracias. Como no lo encontró por los alrededores, decidió ir más allá del bosque conocido, y tanto caminó hasta que se extravió, y cuando sus pies comenzaban a abandonar sus fuerzas encontró un castillo majestuoso de puertas alargadas hasta el cielo.

Al adentrarse en su interior, descubrió un espantoso gigante que dormitaba tendido en el centro de una espaciosa sala. Mas cuando Ana se disponía a marcharse alcanzó a oír la voz de su querido amigo, el caballito verde, que chillaba desde lo profundo de la barriga del gigante pidiendo socorro.

– ¿Cómo has llegado a la barriga de este gigante, caballito? – susurró Ana lo más bajo posible.

– ¡Ay amiga! Una comadreja me devoró cuando me disponía a ir a tu encuentro. Luego la zorra, se tragó a la comadreja. Más tarde, el señor león se embuchó a la zorra, y al rato, apareció este gigante y se almorzó al

león de un solo bocado. Y aquí estoy atrapado sin saber cómo salir.

– Descuida. Yo te ayudaré.

Y así lo hizo la valiente niña. Luego de registrar el palacio en busca de algo que pudiera servirle de ayuda, solo pudo encontrar un jabón y unas ciruelas mágicas que le permitían encogerse de tamaño. Entonces se encaramó con cuidado en la boca del gigante y se tragó las ciruelas. Y cuando estaba lo suficientemente pequeña, se adentró en su garganta, y luego la del león, pasando por la de la zorra hasta encontrarse finalmente en el estómago de la comadreja con su amigo el caballito verde que se emocionó mucho al verla y exclamó:

– Qué bueno que has venido en mi auxilio. Nunca olvidaré una amiga como tú.

En ese momento, restregó el jabón en sus manitas tantas veces hasta hacer muchas pompas de jabón. Y sólo cuando logró hacer una lo suficientemente grande en la que entraran ella y el caballito, comenzaron a ascender por el pescuezo de la comadreja hasta la superficie. Pero los amigos se apiadaron de los animales atrapados en las fauces del gigante, así que agarraron a la comadreja por la cola, y ésta sostuvo al zorro, que aferró sus patas a la melena del león. Así flotaron fuera del castillo hasta encontrarse completamente a salvo.

Al llegar a su casa, Ana se despidió cordialmente del caballito, y prometieron volver a verse a la mañana siguiente junto al río. Sin embargo, la pequeña no volvió a aparecer en los días venideros. Preocupado el caballito, recorrió los caminos de principio a fin, y jamás la encontró. Cansado de gritar su nombre a los cuatro vientos, y cuando había cabalgado algún tiempo ya, encontró la casita de la niña en lo profundo del bosque, y dentro, en una cama, el cuerpecito rendido de la niña. Había llorado tanto, que sus ojos ya no tenían brillo, y apenas podía sostener la mirada.

– Querida ¿Qué te ha pasado?

– Tengo una terrible enfermedad, amigo mío – pronunció la niña con sus labios grises y mustios – Hay un viejo gnomo del otro lado del río que tiene la cura para mi dolor. Pero yo apenas puedo sostener mis párpados ¿Cómo podré llegar hasta él entonces?

– Yo te llevaré sobre mi lomo – exclamó el caballito

– Eres muy chico, amigo mío. Jamás podrías.

Y no más terminó de hablar, Ana quedó atrapada en un sueño moribundo. El caballito, afligido por su amiga, se recostó junto a su pecho. En verdad era un animal pequeño, y por más que lo quisiera, no podría llevar a la

pequeña junto al gnomo para curarla. Entonces, se apiadó tanto que comenzó a beberse las lágrimas de la niña. Y he aquí que al cabo de unos minutos, sintió un estruendo en todo su cuerpo, y notó de repente que ya no cabía en la cama junto a la niña. Y más tarde, trató de enderezarse pero el techo de la casita le chocaba con la cabeza. ¡El caballito había crecido increíblemente! Así que, sin perder tiempo, subió a la moribunda Ana sobre su lomo y se desprendió a cruzar el río en busca del viejo gnomo. Afortunadamente, no fue demasiado tarde. Ana logró recuperarse con el tiempo gracias a su fiel compañero, y desde entonces, jamás se abandonaron.

Fin

www.cuentosinfantilesadormir.com